

Hojitas de Fe

Mi vivir es Cristo

66

3. Fiestas del Señor

El tiempo de Adviento

En la Iglesia latina, se da el nombre de Adviento al tiempo destinado por la Iglesia para preparar el corazón de los fieles a la celebración de la fiesta de Navidad, aniversario del Nacimiento de Jesucristo.

1º Misterio del Tiempo de Adviento.

Si queremos penetrar en las profundidades del misterio que embarga a la Iglesia durante este período, hallaremos que el misterio del *Advenimiento* de Jesucristo es a la vez uno y triple. *Uno*, porque el que viene es siempre el Hijo de Dios; *triple*, porque viene en tres ocasiones y de tres modos.

«*En el primer Advenimiento, dice San Bernardo, viene en carne y debilidad; en el segundo viene en espíritu y fortaleza; en el tercero viene en gloria y majestad. El segundo es el medio por el que se pasa del primero al tercero*».

1º El primer Advenimiento. La Santa Iglesia aguarda durante el Adviento, con lágrimas e impaciencia, la venida de Cristo en su primer Advenimiento. Por eso se hace eco de las ardientes expresiones de los Profetas, a las que añade sus propias súplicas.

Las ansias del Mesías no son, en boca de la Iglesia, un simple recuerdo de los anhelos del pueblo judío; tienen una influencia real sobre el gran acto de generosidad por el que el Padre celestial nos dio a su Hijo. Desde toda la eternidad, las oraciones reunidas del pueblo judío y de la Iglesia estuvieron presentes ante el divino acatamiento; y es después de haberlas oído y escuchado todas, que Dios Padre se decidió a enviar a su debido tiempo a la tierra este celestial rocío que hizo germinar al Salvador.

2º El segundo Advenimiento. La Iglesia ansía también el segundo Advenimiento, consecuencia del primero, y que consiste en la visita que el Esposo hace a la Esposa. Este Advenimiento ocurre cada año en la fiesta de Navidad: un nuevo nacimiento del Hijo de Dios libera a la sociedad de los fieles del yugo de la esclavitud que el enemigo quiere imponerle. Durante el Adviento la Iglesia pide, pues, ser visitada por quien es su Cabeza y Esposo: visitada en su jerarquía y en sus miembros; visitada también en quienes están separados de su comunión y en los mismos infieles, para que se conviertan a la luz verdadera, que también luce para ellos.

Las expresiones que emplea la Iglesia en la liturgia para pedir este amoroso e invisible Advenimiento, son las mismas con que solicita la venida del Redentor en la

carne; porque la situación viene a ser la misma. En vano hubiera venido el Hijo de Dios, hace veinte siglos, si no volviera a venir para cada uno de nosotros en cada instante de nuestra existencia, para procurarnos y fomentar en nosotros esa vida sobrenatural cuyo principio es El y el Espíritu Santo.

3º El tercer Advenimiento. Esta visita anual del Esposo no colma los deseos de la Iglesia, la cual sigue suspirando por el tercer Advenimiento, que será la consumación de todo y le abrirá las puertas de la eternidad. Conserva en su memoria la última frase del Esposo: «*He aquí que vengo*»; y dice con fervor: «*;Ven, Señor Jesús!*». Tiene prisa por verse libre de la sujeción del tiempo; suspira por ver completo el número de los elegidos y contemplar la señal de su Libertador y Esposo sobre las nubes del cielo.

Mas el día de la llegada del Esposo será también un día terrible. La Santa Iglesia tiembla con frecuencia al solo pensamiento del tremendo tribunal ante el que comparecerá todo el mundo. Y no es que tema por sí misma, ya que ese día colocarán definitivamente sobre su frente la corona de Esposa; sino que su corazón maternal tiembla ante la idea de que muchos de sus hijos estén a la izquierda del Juez, y que privados de toda sociedad con los elegidos, sean arrojados para siempre, atados de pies y manos, en las tinieblas exteriores, donde habrá llanto y crujir de dientes. Este es el motivo por el que la Iglesia se detiene con tanta frecuencia, en la Liturgia de Adviento, a considerar el Advenimiento de Cristo como un Advenimiento terrible, y elige los pasajes más aptos de las Escrituras para despertar un saludable terror en el alma de aquellos hijos suyos que tal vez duermen en el sueño del pecado.

2º Formas litúrgicas.

Por el color de duelo con que se cubre, el color morado, la Santa Iglesia quiere patentizar a los ojos del pueblo fiel la tristeza que embarga su corazón. Este duelo de la Iglesia: • indica claramente con cuánta verdad se asocia a los verdaderos israelitas que esperaban al Mesías en la ceniza y el cilicio, llorando la gloria eclipsada de Sión y el «*cetro arrebatado a Judá, hasta que venga el que ha de ser enviado, el esperado de las naciones*»; • significa también las obras de penitencia con que se prepara al segundo Advenimiento, lleno de dulzura y misterio, que se realiza en las almas; • traduce en fin su desconsuelo de viuda, en espera del Esposo que tarda en llegar.

La Iglesia suspende también durante el Adviento el empleo del *Gloria in excelsis Deo*, ya que este maravilloso cántico se oyó por vez primera en Belén en la gruta del Niño Dios; la lengua de los Angeles permanece todavía muda; la Virgen no ha depositado al Niño Dios en el pesebre; aún no es tiempo de cantar: «*Gloria a Dios en las alturas!*».

No obstante, existe un rasgo característico que distingue este tiempo: el canto de la alegría, el jubiloso *Alleluia*, sigue cantándose en la Misa de los cuatro domingos, contrastando con el color de los ornamentos. Incluso hay un domingo, el tercero, en que el órgano recupera su voz, y el color rosado reemplaza al triste color morado. Este recuerdo de las alegrías pasadas significa también que, aun-

que la Iglesia se una al pueblo antiguo para implorar la venida del Mesías y pagar así la gran deuda que la humanidad ha contraído con la justicia y bondad divinas, no olvida que el Emmanuel ha venido ya para ella, que está junto a ella, y que se encuentra ya redimida y señalada para la unión eterna con su Esposo.

3º Práctica del Tiempo de Adviento.

1º Vigilancia. Si nuestra Santa Madre Iglesia pasa el tiempo del Adviento ocupada en esta solemne preparación al triple Advenimiento de Jesucristo, nosotros, que somos sus miembros e hijos, debemos compartir los sentimientos que la animan y hacer nuestra esta advertencia del Salvador: «*Cíñase vuestra cintura como la de los peregrinos; brillen en vuestras manos antorchas encendidas; y sed semejantes a los criados que están en espera de su amo».*

2º Oración. Debemos unirnos a los santos del Antiguo Testamento para pedir la venida del Mesías y pagar así la deuda que toda la humanidad tiene contraída con la misericordia divina. Para ello, hemos de transportarnos con el pensamiento al curso de estos miles de años, representados por las cuatro semanas del Adviento, y pensar en qué tinieblas y crímenes se movía el mundo antiguo. Nuestro corazón debe sentir vivamente el agradecimiento que debe a Aquel que, para salvar a su criatura de la muerte, bajó hasta nosotros para ver más de cerca y compartir todas nuestras miserias, salvo el pecado. Debe rogar con acentos de angustia y de confianza a Aquel que se dignó salvar la obra de sus manos, pero que quiere también que el hombre pida e implore su salvación. Que nuestros deseos y nuestra esperanza se dilaten, pues, con estas ardientes súplicas de los antiguos Profetas que la Iglesia pone en nuestros labios en estos días de espera; abramos nuestros corazones a los sentimientos que ellas expresan.

3º Conversión. Cumplido este primer deber, pensemos en el Advenimiento que el Salvador quiere hacer en nuestro corazón. Tengamos presente que, para agradar a nuestro Padre celestial, es necesario que El vea en nosotros a Jesucristo, su Hijo. Ahora bien, este divino y bondadoso Salvador se digna venir a cada uno de nosotros para transformarnos en El, a fin de que ya no vivamos nuestra vida sino la suya. Y así como, al presentarse en este mundo, este divino Salvador empezó mostrándose bajo la forma de un débil niño, así también quiere nacer y crecer en nosotros antes de llegar a la plenitud de la edad requerida para la realización de su sacrificio.

Es precisamente en la fiesta de Navidad cuando quiere nacer en las almas, derramando en su Iglesia una gracia de nacimiento; pero durante los días de Adviento es cuando pasa llamando a la puerta de cada alma, preguntándole si tiene un lugar para Él, a fin de poder nacer en ella. Y, aunque la posada que reclama sea suya, porque Él la creó y la conserva en el ser, se queja de que muchos de los suyos no le han querido recibir.

Preparaos, almas fieles, a verle nacer en vosotras más hermoso, radiante y poderoso que hasta el presente. Ensanchad vuestras puertas para recibirlle nuevamente, voso-

tras que le tenéis ya dentro pero sin conocerle; que le poseéis pero sin gozarle. Ahora vuelve a venir a vosotras con renovada ternura; olvidando vuestros desdenes, quiere renovarlo todo. Se acerca el momento. Despiértese, pues, vuestro corazón; cantad y estad alerta, no os vaya a encontrar dormidas a su paso. Y vosotros, cristianos, para quienes la buena nueva es como si no existiera, porque vuestros corazones están muertos por el pecado, ya porque os aprisiona en sus cadenas desde hace mucho tiempo, ya porque ha hecho en vosotros heridas bien recientes, mirad que se acerca el que es la Vida. «¿Por qué preferís la muerte? Que no quiere El la muerte del pecador, sino que se convierta y viva». La gran fiesta de su Nacimiento será un día de universal misericordia para todos los que quieran recibirla.

Y si la ternura y suavidad de este misterioso Advenimiento no os seduce, pensad entonces en ese otro Advenimiento terrorífico que ha de seguir al que se realiza silenciosamente en las almas. Escuchad los crujidos del Universo ante la proximidad del Juez terrible; aguantad, si podéis, su mirada deslumbrante; mirad sin estremeceros la espada de dos filos que sale de su boca; escuchad esos gritos lastimeros: «¡Montes, caed sobre nosotros; rocas, cubridnos, apartadnos de su vista amenazadora!». Esto mismo gritarán en vano aquellas almas desgraciadas que no hayan querido conocer el tiempo en que han sido visitadas. Por haber cerrado su corazón al Hombre-Dios que lloró sobre ellas, bajarán vivas al fuego eterno, donde las roerá el gusano eterno de un pesar que no muere nunca.

Por lo demás, este temor no es sólo propio de los pecadores, sino que debe experimentarlo todo cristiano. El temor, si va solo, es propio de esclavos; pero si va acompañado del amor, dice bien del hijo culpable que busca el perdón de su padre irritado, despertando en el alma el recuerdo de su miseria y de la gratuita misericordia del Esposo. Nadie debe dispensarse en el Adviento de asociarse a estos santos temores de la Iglesia, que exclama con frecuencia en su Liturgia: «¡Atraviesa, Señor, mi carne con el aguijón de tu temor!».

El Adviento es un tiempo dedicado principalmente a los ejercicios de la vía purgativa, como lo significa aquella frase de San Juan Bautista, que la Iglesia repite con tanta frecuencia durante este tiempo: «*Preparad los caminos del Señor!*». Que cada uno de nosotros trabaje, pues, seriamente en allanar el camino por donde ha de entrar Cristo en su alma. Los justos, siguiendo la doctrina del Apóstol, olviden lo que han hecho en el pasado y trabajen con renovados ánimos. Apresúrense los pecadores a romper los lazos que los esclavizan, las costumbres que los dominan; mortifiquen la carne, comenzando el duro trabajo de sujeción al espíritu; sobre todo oren con la Iglesia. De esta manera, cuando venga el Señor, tendrán derecho a esperar que no pase de largo por su puerta, sino que entre en sus almas: «*He aquí que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abriere, entraré en su casa.*

(Extractos de *El Año Litúrgico*, de DOM PROSPER GUÉRANGER)